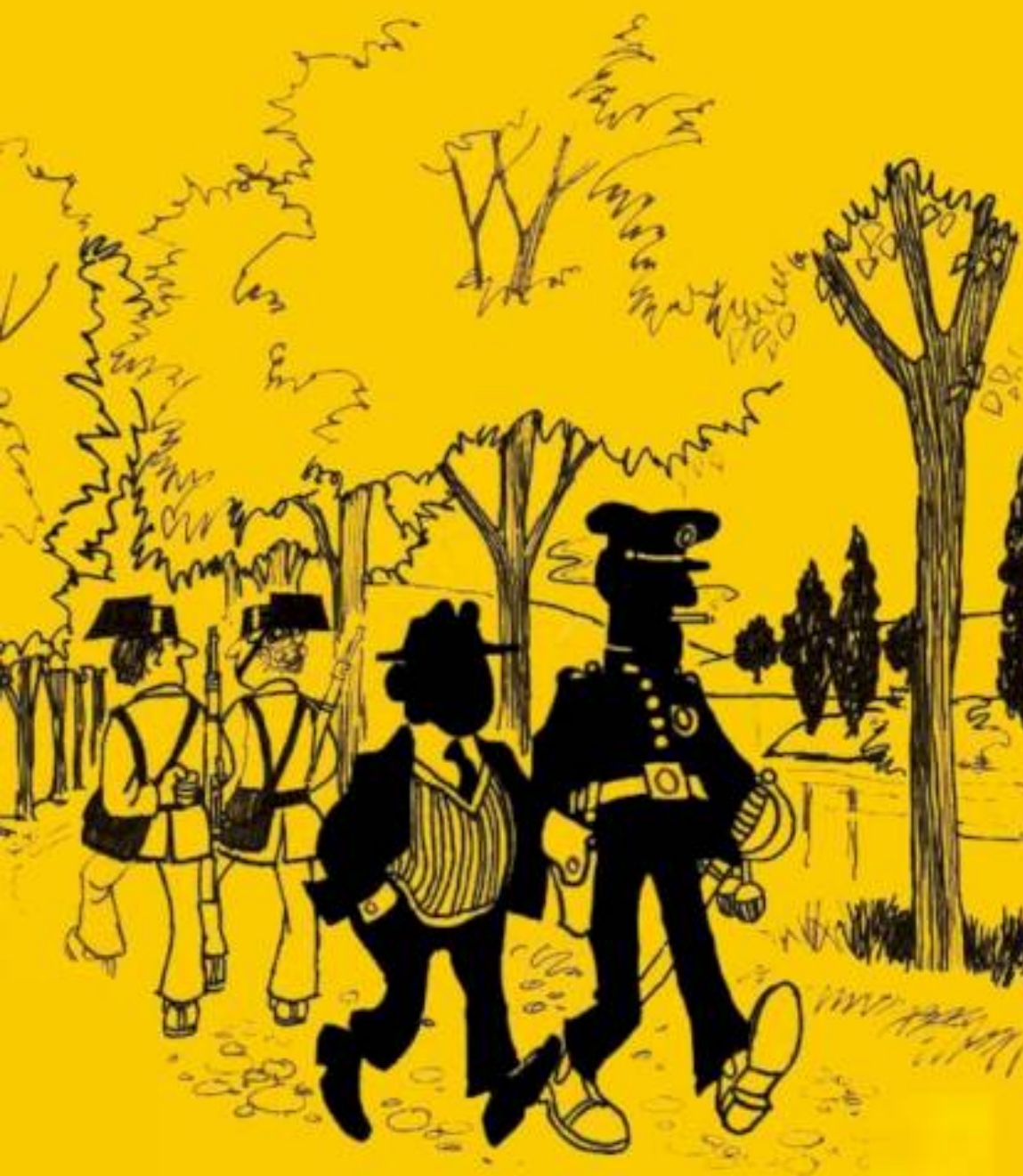


Francisco García Pavón
Los carros vacíos



Tomelloso está consternado. Y Manuel González, alias *Plinio*, no está contento. Un asesino en serie de meloneros anda suelto y el rutilante y eximio jefe de la guardia municipal no da con la tecla para descubrir el culpable. Hasta Rocío, la buñolera, le gasta pesadas bromas a cuenta de su fracaso. El alcalde advierte a *Plinio* que va a hacer traer a la Guardia Civil de la capital porque, como le dice: «Manuel, me parece que en este caso estáis tocando el violón a dos manos». *Plinio*, compungido, se defiende: «Lo que yo no averigüe en Tomelloso, no lo averigua nadie». Pero cada poco siguen apareciendo carros sin conductor que traen al pueblo muertos con heridas de cuchillo melonero a la altura del corazón...

Aquella noche de agosto, *Plinio* prefirió dormir en el portal del Ayuntamiento. Temiendo el calor de su alcoba, de su cama y de su mujer, se tumbó sobre una hamaca, en mangas de camisa, con la gorra de plato echada sobre los ojos.

Roncó apaciblemente hasta las cinco de la mañana, que le despertó el fresco de la amanecida. Entonces llamó al guardia de puertas para que le echase la guerrera encima.

A aquella hora llegaban a la plaza los primeros carros de mercaderías y comenzaban a montar los puestos de la carne. Se veía a la gente, afanosa, armando las mesas y los toldos; descargando los carros y carretillas; sacando los pesos y ordenando lo que querían vender.

Pero aquellos ruidos eran tan familiares para *Plinio*, que una vez reconfortado con el calorcillo de la guerrera, concilio el sueño... que le duró muy poco. A la media hora escasa notó que alguien le tocaba en el hombro suavemente. Entreabrió un ojo bajo la visera de la gorra de plato y vio junto a sí al cabo de guardia Justo Maleza.

—Jefe, jefe...

—¿Qué sucede?

—Ahí está el Casillero con otro...

Plinio no necesitó más aclaraciones. Sabía, por desgracia, cuánto quería decir aquella frase. Sin responder palabra, se puso la guerrera, se ciñó el sable y el revólver, que dejase colgado en la barandilla de la escalera, y abrochándose lo más urgente y peinándose con la mano, fue hacia la puerta. Junto a un carro estaba, como siempre, Serafín el Casillero. Pequeño, enjuto e inexpresivo.

—Buenos días, Serafín —le dijo *Plinio* mirando al carro.

Se aproximó un poco más, apartó las seras por la parte de atrás y, en el fondo de las bolsas, vio un cuerpo mal tapado con una manta de mulas. Tiró de ella. El cadáver era de un hombre de mediana edad, vestido con blusa azul y boina. Estaba, sobre el suelo del carro, boca abajo, como si lo hubieran echado allí desde un lugar más alto. *Plinio* le levantó un poco la cara.

—Éste es un Tostao, ¿no? —dijo, dirigiéndose a Maleza.

Maleza miró al muerto por encima del hombro de su jefe.

—Cara de Tostao tiene.

—Sí, es Severo *el Tostao* —aclaró el Casillero.

Plinio cubrió el cuerpo con la manta y mandó a Maleza a buscar al juez y a que entrase el carro en la posada para evitar que la gente curiosease. Luego invitó al Casillero a entrar en su despachito.

Plinio se sentó en el sillón de madera curvada y dejó de pie a Serafín. Antes de preguntarle nada, comenzó a liar un cigarrillo con su habitual paciencia.

Serafín era un hombre imperturbable e inmóvil. Parecía una pequeña figura de barro, carecía de la menor elasticidad en los músculos faciales.

—Ya hemos empezado la racha hogaño —comentó *Plinio*.

—Sí. Eso parece.

—El año pasado dos muertos, y ahora, nada más empezar la cosecha de los melones, otro.

—Vaya...

—¿Cómo ha sido?

—Poco más o menos, como siempre. Cuando me levanté a darle paso al mixto de las dos de la mañana vi el carro parado y atravesado en la vereda, como a un tiro de escopeta de la casilla. Miré lo que iba y cuando acabé mis obligaciones, me lo traje para acá.

—¿Tú no oíste nada?

—No, señor. Me acosté a eso de las nueve y dormí de un tirón.

—Antes de venirte para acá, ¿sí habrá pasado algún carro?

—No le puedo decir.

—¿Tú no te has quedado a vigilar alguna noche como te dijimos?

—Sí, señor; el año pasado sí lo hacía. Éste no... Yo creo que debían ustedes mandar por allí a alguien, porque yo tampoco estoy seguro.

—Tú no tienes cuartos.

—Desde luego, pero tengo ojos.

—Ya entiendo... Siéntate, que tendrás que esperar a que te interrogue el juez.

—Sí, señor.

Serafín, con mucha pausa, envarado, como si se moviese por un pausado mecanismo, se sentó en una silla muy baja e, inexpresivo, quedó mirando hacia la ventana del despachillo que daba a la plaza, ya llena de sol.

Plinio salió a la puerta del Ayuntamiento y se quedó parado en el umbral, con las manos en la espalda y los ojos entornados, como siempre que estaba a disgusto. Aquellos crímenes de las «Cuestas del hermano Diego» le iban a quitar la vida. Todo el pueblo estuvo alarmado el otoño anterior. Ahora, cuando se enterasen de que comenzaba la racha de nuevo, las cosas se iban a poner muy feas. Lo malo es que todos le culpaban a él por no haber descubierto ya al criminal. Como si no hubiese más justicia que él, un humilde jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso.

Llegó Maleza de avisar al juez.

—¿Qué, ya?

—Sí, me ha dicho que avisase al médico y al secretario... Pero yo le pasé el encargo al alguacil del Juzgado que encontré por la calle, que para eso cobra.

Maleza se quedó junto a *Plinio* sin decir palabra. Sabía que el jefe no estaba para armar conversación.

A aquella hora, la plaza de la Constitución, convertida en mercado, ya estaba llena de puestos. La gente, con las cestas en la mano, iba y venía mirando las mercancías. Se oían los pregones, dichos con la voz fresca de la mañana.

—Voy a desayunar a la buñolería de la Rocío —dijo *Plinio*—; cuando venga el juez me avisas. Manda a uno que dé la noticia a la familia de *el Tostao*.

—Vaya trago.

Plinio, con paso tardo, se fue a la buñolería que estaba en la calle de la Independencia. En la buñolería de la Rocío, como siempre a aquellas horas, había poca gente. La Rocío, con mandil blanco y manguitos, cortaba buñuelos con una navaja de la rueda que tenía de ellos sobre el mostrador de mármol.

Al ver entrar a *Plinio* se volvió a la cafetera y comenzó a prepararle un café solo.

—Vaya *diíta* que se le presenta hoy, jefe —dijo la moza como saludo y sin volver la cabeza.

Plinio tosió levemente como respuesta.

Rocío le puso el café negro y seis buñuelos sobre el mostrador, y acercándose mucho a *Plinio* le dijo en voz baja:

—¿Quién ha sido esta vez?

Plinio comenzó a mojar dos buñuelos, sin responder. Rocío, luego de sonreír guasona, volvió a su faena de cortar buñuelos y despacharlos a las mujeres, que con grandes cestas al brazo se agolpaban frente al mostrador.

—¿Vino ya don Lotario? —preguntó *Plinio*.

—¿Qué hora e? —preguntó ella a su vez.

—Las seis y media —respondió una mujer que acababa de entrar.

—*Entonse está ar llega* —dijo Rocío a *Plinio*.

Plinio, pausadamente, mojaba sus buñuelos. Rocío, un par de veces le guiñó el ojo y sonrió haciéndose la lista. Luego, como hablando para sí y mirando la rueda de buñuelos humeantes que tenía entre las manos:

—En estas ocasiones es donde se ve el talento de los hombres.

—¿En qué ocasiones? —le respondió una mujer con aire de beata.

—En la cosecha de lo *melone*, niña de mi arma.

—No sé qué tendrá que ver. Pero *arguien* lo sabrá, no t'apures —dijo, volviendo a guiñar el ojo a *Plinio*.

Cuando apuraba los posos de su café, Rocío volvió a dirigirse a él:

—Aquí tiene usted a su don Lotario, jefe... y ahora, autito que te crió... ¿Si sabré yo?

Don Lotario, que entraba en aquel momento, se quedó mirando a *Plinio* con fijeza.

—Sí, don Lotario, no se quede usted así; dele pronto de desayunar a sus niñas, que tiene que ir de gira. —Al decir esto, Rocío se rió con todas sus ganas.

Don Lotario, el veterinario, era muy menudo, moreno; llevaba muy caída sobre las cejas el ala del sombrero y miraba siempre con ojos de sospechar de todo el mundo. Comenzó a hablar en voz baja con *Plinio*.

Casi enseguida que el veterinario, llegó corriendo a la buñolería Joselito, el sobrino de la Rocío. Pasó bajo la trampilla del mostrador, y obligando a su tía a bajar la cabeza, le dijo algo al oído con mucha precipitación. Luego de su mensaje, el chico tomó un churro y comenzó a comérselo sin quitar los ojos del guardia y el veterinario, masticando con muchos ruidetes y saliveo.

—Tostaíto nos ha salio *er día*, ¿eh, jefe?, pero que mu *tostaíto* —dijo Rocío, luego de haber escuchado a su sobrino y volviendo a guiñar el ojo.

Plinio dejó los sesenta céntimos de su consumición sobre el mostrador y salió, después de hacer un breve y burlesco saludo a Rocío, llevándose la mano a la visera de la gorra. Don Lotario se precipitó tras él.

—¡Que haya suerte! —gritó Rocío.

Plinio y don Lotario salieron juntos de la buñolería y se detuvieron a hablar en la próxima esquina de la botica de don Gerardo.

—¿Pero otro crimen, Manuel? —le preguntó el veterinario como si el jefe tuviera la culpa.

—Otro —dijo como pesaroso Manuel González, alias *Plinio*, mientras liaba su cigarro con mucha atención—. ¿Quién se lo ha dicho?

—El alguacil del Juzgado, que venía de llamar al forense... ¿Vamos a ir?

—Sí, a las ocho.

—De acuerdo. Te espero en el herradero. Voy a llevarles los buñuelos a las niñas antes de que se enfríen.

—Bueno.

Plinio vio al juez y a sus acompañantes, con cara de sueño, que salían del Juzgado camino de la posada del Rincón. Él también se dirigió hacia allá.

Plinio llegó a la plaza y la atravesó, camino de la posada, con una pesadumbre infinita. Por primera vez en su carrera de jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso se le presentaba un caso tan escandaloso —tres muertos— y no veía luz por parte alguna.

Con la barbilla clavada en el pecho, las manos cruzadas en la espalda y el sable mal ceñido, casi a rastras, cruzó la glorieta de la plaza, seguro de que le miraban los madrugadores que ya estaban sentados en la terraza del casino de San Fernando. Los menos, compadeciéndole; los más, riéndose de sus fracasos anteriores y de la posibilidad de fracasar en el caso presente.

Sin levantar apenas la vista del suelo, también se dio cuenta de que en aquellos momentos, en el mercado, nadie vendía, ni nadie compraba; todos, en silencio o cuchicheando, miraban a los señores del Juzgado que entraban en la posada del Rincón. El guirigay normal del mercado había cesado, y a pesar de andar entre tanta gente, a *Plinio* le parecía marchar por una calle desierta, con los pesos y

las básculas inmóviles; con el olor a pescado, a carne y a frutas, sin justificación en aquel momento.

Mucha gente se había agolpado en la puerta de la posada. *Plinio* tuvo que hacerse lado entre ellos con aspereza.

Cuando llegó el guardia, don Antonio, el forense, con su habitual cara de desgana, levantaba con el pulgar los párpados del cadáver. Luego, ayudado por el alguacil del Juzgado, dio la vuelta al cuerpo muerto. Le levantó la blusa y la camisa.

—Un solo navajazo en el lado del corazón, como siempre —comentó el médico con voz casi imperceptible. *Plinio* se aproximó a ver la herida. En efecto, un solo navajazo, ancho y hondo... como siempre.

Apenas había ordenado el señor juez el levantamiento del cadáver para llevarlo al depósito judicial, rompieron el silencio unos gritos de mujeres, que hicieron volver la cara a todos los mirones.

Corriendo, desgreñadas, enloquecidas, llegaban la mujer y la hija de *el Tostao*. La gente las dejó pasar con respeto. Las dos mujeres se lanzaron al interior del carro con los brazos extendidos. Como el cadáver estaba en las bolsas del carro y éste era alto, desde el suelo no llegaban al cuerpo con las manos. En vano las tendían hacia el muerto. La hija, moza de unos treinta años, morena y rechoncha, dio un salto desmañado, mostrando a todos los presentes lo que no era del momento. Y ya sobre el carro, se abalanzó sobre el cadáver de su padre entre gritos y lágrimas.

La madre, en vano intentaba saltar al carro, hasta que dos vendedoras de la plaza, enternecidas, tomándola de las axilas, la echaron al interior de las bolsas, donde cayó revuelta con su hija y el muerto.

Sin dejar de gritar, echadas sobre él, pugnaban por besarlo y acariciarlo con furia. Más que ansia cariñosa parecía brega y disputa.

Los señores del Juzgado se retiraron en silencio. Don Antonio, el forense, al salir, dijo a *Plinio* en voz baja:

—A media tarde le haré la autopsia.

Los alguaciles del Juzgado habían traído una camilla de madera cubierta con lona negra, que empleaban para aquellos menesteres.

Luego de presenciar durante un largo rato las muestras de dolor de los familiares *del Tostao*, varias personas se aproximaron al carro para separar a las mujeres del muerto. La cosa no fue fácil:

—¡Qué lástima de mi padre!

La madre lanzaba unos gritos roncros, secos, inarticulados.

Cuando *Plinio*, con gesto de mucha pesadumbre, se disponía a abrirse paso entre los curiosos para marchar al herradero de don Lotario, la hija *del Tostao*, ya en el suelo, inesperadamente, con las manos abiertas y los ojos desorbitados, se dirigió hacia él con tono desgarrado:

—¡¿Pero es que no hay justicia en este pueblo?!!

Plinio, sin saber dónde mirar, se pasó la mano por la boca, como si acabase de beber y se limpiase, según su costumbre en los momentos de confusión, y dando media vuelta se abrió paso entre la gente, que, según le parecía, lo miraban con hostilidad, como si fuese él quien agujerease a los melones y montase aquel teatro.

Cuando doblaba hacia la calle del herradero vio que el sargento de la Guardia Civil, con dos números, salía del cuartel camino de la posada. *Plinio* sonrió para sus adentros.

El Ford amarillo de don Lotario estaba en la portada de su clínica. El dueño aguardaba impaciente, con la gorra de visera puesta y las gafas de automovilista que le cubrían, envidriéndole casi toda su breve y bruna cara.

—Creí que no llegabas nunca —dijo el veterinario poniéndose al volante.

Pero *Plinio*, que parecía tener menos prisa que el veterinario, parado junto al auto, se pasaba la mano por la cara, meditativo, sin la menor intención de subir.

Esta actitud del maestro moderó un tanto el nerviosismo de don Lotario. Durante unos segundos respetó la meditación del jefe de la G. M. T. y, por fin, le dijo con ternura:

—¿En qué piensas, Manuel?

Como si continuase una conversación interrumpida hacía poco, *Plinio* levantó un dedo con ademán sentencioso y dijo:

—Un solo navajazo, don Lotario, como siempre...

—¿Ancho?

—Ancho.

—¿Como hecho con navaja de melonero?

Al oír aquello, *Plinio* quedó mirando con fijeza al veterinario.

—De melonero... eso es, navaja ancha de melonero... Don Lotario, frotándose las enguantadas manos con fruición, nervioso, preguntó al jefe:

—¿Piensas que puede ser un melonero, Manuel?

Plinio, mirando al suelo, asintió con la cabeza:

—Muy bien podría ser un melonero.

—Nada más natural que sea un melonero quien mata a los meloneros —añadió entusiasmado don Lotario.

—Sí, señor; un melonero o uno que entiende mucho de meloneros...

Don Lotario quedó un poco detenido por el final de la frase de *Plinio*; sin embargo arriesgó su chiste:

—Un melonero que en vez de hacerle cala a los melones se la hace a los meloneros —y don Lotario echó una media risa a su medio chiste.

Luego de una pausa, dijo *Plinio* al veterinario, acodándose sobre la puerta del Ford:

—¿Qué le parece a usted si antes de empezar el viajecito les pasamos revista a los meloneros del mercado?

—Muy buena idea, Manuel, muy buena idea... Pero lo haremos por separado. Cuatro ojos ven más que dos y luego, la gente, ya sabes como es; dice que si me meto donde no me llaman, que si patatín que si patatán.

—Bueno. Yo voy primero.

El mercado había recobrado ya su aspecto normal. Aunque dominaban las conversaciones sobre el crimen, las transacciones se hacían ya con el ritmo acostumbrado. El sol recio y casi zumbante del agosto, caía de plano sobre los toldos de los puestos de mesa, sobre los tenderetes de los puestos del suelo. Los toldos y tenderetes dibujaban unas sombras azules y radicales sobre el empedrado de la plaza. Sobre las mesas se cruzaban los brazos de los vendedores que entregaban las mercancías con los de los clientes que las tomaban. Se oía el ruido metálico de los pesos y el quirio de los pregones. Unas gentes parecían inmersas en las sombras, bajo los toldos. Otras, a pleno sol, pasaban entre los puestos, mirando hacia un lado y otro, buscando la mercancía deseada. En los puestos de la carne, las piernas de cordero, y los tocinos, parecían resudar. El carnicero, sobre el tajo, hacía relumbrar su hacha bajo el sol.

Plinio, en vez de dirigirse a la acera de la calle del Campo de Criptana, donde estaban los puestos de melones, fue primero en busca del funcionario municipal encargado de cobrar los arbitrios a los vendedores. No tardó en encontrarlo. Sentado junto a la Antonia la Horchatera, sudoroso, repasaba sus listas y de cuando en cuando tomaba su sorbito de agua de cebada helada que tenía sobre el borde de una heladera de la Antonia. Ésta, con un plumero hecho con tiras de papeles de colores, aventaba las moscas de sus vasos, de su cara y del vaso del rabichero municipal.

Plinio, para no hablarle al rabichero municipal delante de la Antonia, lo llamó aparte con un gesto imperativo.

—Buenos días, jefe.

—Oye, ¿han venido esta mañana todos los meloneros que tenían solicitado puesto?

—Sí, señor, todos... menos *el Tostao*.

—Me vas a hacer una lista de todos y me la dejas en el cuerpo de guardia antes de mediodía. Nada más.

Plinio se dio media vuelta sin añadir palabra.

El rabichero, encogiéndose de hombros, volvió junto a su vaso de agua de cebada y quedó traspuesto, como si pasase la revista melonera en el interior de su cabeza.

Plinio, con su habitual paso lento, y mirando con los ojos casi cerrados, comenzó a pasar revista a los meloneros. Todos, junto a su montón de sandías —todavía no era tiempo de melones chinos— voceaban su mercancía:

—¡A perrilla el kilo!

—¡A cata y cala!

—¡Dulces como la miel!

Pesaban con romanas las sandías brillantes, hacían «catas» que, si salían rojas, las mostraban con orgullo; echaban el dinero sobre un cajoncillo.

—¡Vaya melón de agua que te llevas, parroquiano! — gritaban al cliente que marchaba con su sandía bajo el brazo. Los compradores, hombres con blusa, y criadas, pasaban ante los puestos buscando a su proveedor habitual.

En los momentos de descanso, los meloneros hablaban con sus amigos próximos y con los mirones; bebían vino de grandes botas y algunos almorzaban pan y tocino. Detrás de cada montón de sandías, a manera de trastienda, estaban los carros, apoyados en el suelo sobre las lanzas. La toldilla del carro servía de sombrero a los meloneros en los momentos de descanso.

Hacia la plaza desfilaban las gentes con sus sandías bajo el brazo o difícilmente encajadas en la cesta de mimbre.

Se veían algunos arrapiezos que, sentados en el bordillo de la acera, comían sandías reventadas o acalabazadas, que les daban generosamente los meloneros.

Plinio no sacó nada en claro de su revista, ésa es la verdad. Cuando había dado dos repasos a la ringla de puestos, se encontró con don Lotario, que para disimular —a él le gustaban mucho estas cosas— se había comprado una sandía pequeña, que llevaba bajo el brazo. Dijo al jefe con aire misterioso:

—¿Has visto algo de particular, Manuel?

—No. ¿Y usted?

—Yo, sí. Lo nunca visto.

—¿Qué?

—Un melonero durmiendo a las ocho de la mañana.

Plinio se rascó la cabeza bajo la gorra, como pensando el alcance de las observaciones del albéitar.

—¿Un melonero durmiendo? —preguntó como para sí.

—Eso es.

—¿Cuál?

—Sígueme.

Don Lotario, en vez de pasar ante los puestos, se fue a la acera, junto a cuyo borde estaban aculados los carros que servían de trastienda. Iba el veterinario a buen paso. *Plinio* le seguía a cierta distancia.

Por fin se detuvo don Lotario y se ocultó entre dos carros. *Plinio* se le acercó.

—Éste era... Ahora, claro, está despachando.

Plinio miró con disimulo. Se trataba de un hombre bajo y gordote, que le llamaban el Chinitas.

El Chinitas en aquel momento despachaba a una moza de servicio, que mientras le pesaban la sandía hacía cuentas con los dedos.

Marchó la moza y el puesto quedó solo con el melonero, que se sentó en la lanza del carro y quedó mirando al infinito, con los brazos cruzados con mucha fuerza y a mucha altura y los hombros encogidos.

Plinio y don Lotario lo observaban sin ser vistos. De pronto el veterinario dio un codazo al guardia:

—Mira, otra vez está dando cabezadas.

En efecto, así era, pero enseguida cesaron, porque alguien se detuvo ante el puesto y comenzó a elegir sandías.

Plinio echó una mirada al carro, especialmente a las ruedas; luego, a la navaja del Chinitas, que en aquel momento rajaba una sandía... Pero al fin, escéptico, encogió los hombros y dijo:

—Vámonos, don Lotario, que el calor va apretando.

Volvieron a la puerta del herradero y sin más dilaciones subieron al Ford. Don Lotario se puso las gafas y la gorra. Damián, el herrador, le dio a la manivela. El auto comenzó a temblequear, a echar gases y truenecillos.

El sargento de la Guardia Civil y sus números volvían hacia el cuartel. El sargento saludó un poco jocosamente a *Plinio*, llevándose la mano al tricornio. *Plinio* apenas respondió con un gruñido.

El coche arrancó calle arriba.

Cuando pasaban ante el cementerio, camino de Argamasilla, se cruzaron con el carro *del Tostao*. Dentro iba la camilla. Un mocete triste llevaba la mula delantera del diestro. Las dos mujeres, seguidas de un grupo de vecinas y parientes, iban tras el carro, entre la blanca polvosa del camino del camposanto.

Como el calor apretaba y su sueño había sido tan accidentado aquella noche, *Plinio* se quedó dormido apenas salir del pueblo. Con la cabeza sobre el pecho y el cuerpo completamente laxo, el traqueteo del coche lo zarandeaba como un pelele. Algunas veces se reclinaba tanto sobre don Lotario, que éste, embarazado con su conducción, tenía que rechazarlo con un empujón nervioso hacia el lado opuesto.

Don Lotario era tan pequeñito que, para dominar bien el volante, iba sentado sobre dos altas almohadas de una antigua tartana.

Pasaron por Argamasilla de Alba como saeta polvorienta e incendiada. Ya, a aquellas horas, algunos hidalgos, acodados sobre el breve puente del menguado río, deshacían la mañana entre bostezos. A la salida del pueblo, las mocedades argamasilleras, vestidas de la manera peregrina que acostumbran, fatigaban los caminos con sus caballos y carricoches.

Tomaron la vereda de Manzanares. *Plinio* roncaba a toda presión. El polvo le había blanqueado totalmente las